

## CAPÍTULO XVIII.

Al llegar á la barrera encontraron un hombre que estaba apostado, traía la respuesta de la carta, subió al coche é indicó la consergería.

La llegada del príncipe era ya sabida, así es que el corredor del palacio de justicia donde se bajó, estaba lleno de curiosos; el calabozo que le tenían reservado estaba inmediato al que había ocupado la reina, este es el que en el día separa á la capilla espíatoria, y que comunica con la famosa sala de los muertos, convertida hoy en iglesia.

El camarista solicitó y obtuvo el permiso de permanecer cerca de su amo.

—Y bien, mi querido Gamache, le dijo el príncipe, luego que estuvieron solos; ¿no habeis querido dejarme? En esto os reconozco y os doy las gracias; preciso es esperar que no ha de durar nuestra prision toda la vida.

En un momento el príncipe tuvo la idea de escribir á sus hijos, y sobre todo al duque de Chartres y á su hija; pero no se atrevió por temor de que las cartas fuesen abiertas.

Se le concedió que tuviera un defensor. Este defensor se llamaba Voidel, y podía comunicarse libremente con él. Voidel estaba convencido, lo mismo que el príncipe, de que lo habían de sacrificar.

El día 6 le entregaron un cesto de vino de Aí que había

pedido. Se estaba preparando á tomarlo cuando se abrió la puerta. Lo buscaban para conducirlo al tribunal revolucionario.

El conserge era el que venia á anunciarle esta noticia.

Le dejó concluir su fatal mision, y alargándole un vaso:

—Tomad, amigo mio, hacedme el favor de beber este vino y de decirme que os parece.

El conserge no se atrevia á aceptar.

—Vamos, vamos, dijo el duque, nada temais. ¡Oh! si os pidiese beber á mi salud, en tal caso podría comprometeros, sobre todo en este momento; pero no os pido otra cosa, sino que probeis este vino y me digais cual es vuestro parecer.

El conserge bebió dos vasos de Aí. El duque vació el resto de la botella de un solo trago, separó dos, distribuyó las restantes entre los carceleros, y se dirigió al tribunal.

Su entrada produjo una sensacion profunda.

Los excesos, la fatiga, la inflamacion de la sangre y una vejez precoz, hacian que quedara al príncipe en el momento de su arresto, muy poco de la belleza y elegancia que caracterizaban al duque de Chartres, vencedor de Ouessant. Pero ¡cambio extraño! un régimen sano y depurativo, el aire del mar que respiraba por las ventanas de la torre de San Juan, y aun la misma abstinencia de la prision, habían hecho otro hombre del duque de Orleans.

El príncipe había enflaquecido, su color se había vuelto pálido, las berrugas que le quemaban el rostro habían desaparecido; y solo una profunda arruga sobre su frente, indicaba la importuna presencia de una misma idea.

Añadid á todo esto una calma grande, efecto del poder moral con que el príncipe sabia revestirse al frente del peligro: esta magestad que pertenece á los príncipes y que solo la desgracia puede dar á los que no lo son, y se tendrá una idea del duque de Orleans en el momento de comparecer ante sus jueces.

Era vaga y aun quimérica la acusacion que se le hacia.

Si algun hombre habia sacrificado todo á la República, aun su mismo honor, era él.

—¿Habeis votado la muerte del tirano con la ambiciosa pretension de sucederle? preguntó Hermann.

—No, respondió, lo he hecho conforme á lo que me dictaba mi alma y mi conciencia.

Así es, que lo mismo que habia servido para quitarle el honor, servía ahora para quitarle la vida.

Las otras preguntas que se le hicieron fueron estas:

—¿Habeis conocido á Brissot?

—¿Qué clase de relaciones tenia con vos Sillery?

—¿Habeis dicho al diputado Pulhier, "*qué me pediréis cuando sea rey?*"

Por toda respuesta á la mayor parte de estas preguntas, el duque se encojía de hombros.

Se le preguntó aun mas.

—Por qué en el tiempo de la República sufristeis que se os llamase príncipe, y con que fin habeis mostrado tanta liberalidad durante la revolucion?

—Los que me llaman príncipe, respondió el duque, me lo llaman á pesar mio, y por esto he hecho fijar un cartel en la puerta de mi cuarto, diciendo: que aquellos que me dieran semejante nombre, pagarian una multa para los pobres. Respecto á las liberalidades de que me acusais, me lisonjeo de que por ellas, y vendiendo una parte de mis bienes, haya socorrido á los indijentes durante un invierno riguroso.

El duque de Orleans fué condenado á muerte.

Se leyó su sentencia. Al leerse la, contrajo sus labios una sonrisa irónica; y contentándose con levantar los hombros, dijo:

—Segun veo estais decididos á que muera; debiais al menos buscar pretextos menos especiosos para decretar mi muerte, porque jamas persuadiréis á nadie en el mundo, de que me habeis creido culpable de las traiciones que me imputais, y de las que acabais de declararme convencido.

Y dirijiendo una postrer mirada al ex-marqués de Antoinelle, le dijo:

—Y ninguno mejor que vos, que me conoceis tan bien. —Por lo demas, ya que está decidida mi muerte, os suplico tan solo, no me hagais padecer hasta mañana: mandadme inmediatamente al cadalso.

Estos favores jamas los habia rehusado Fouquier-Trinville. Se le condujo á la prision.

Dos sacerdotes le aguardaban.

En el intervalo que separaba al tribunal revolucionario del cadalso, se habia operado en el príncipe, ó mas bien en el hombre, un gran cambio. Pronto á entrar á la obscuridad de su prision, y pronto á permanecer solo con sus recuerdos, se le escapaban á medida que se alejaba del tribunal revolucionario, todo el pesar y toda la indignacion de que rebotaba su alma.

—Malvados, se decia, entrando bajo la bóveda comprendida entre las dos rejas; les he dado rango, fortuna, ambicion, honores, el renombre de mi casa para el porvenir, y al condenar á sus enemigos, la repugnancia de la naturaleza y de mi conciencia; y ved la recompensa que me reservaban. ¡Ah! si hubiese procedido como dicen, por ambicion, seria ahora bastante desgraciado. No. Era una ambicion mas elevada que el trono la que me impelia, era, la ambicion de la libertad de mi país, la felicidad de mis semejantes.—¡Y bien! otra vez aun, *viva la República!* Este grito se oirá en mi calabozo como se ha oído en mi Palacio.

Despues, este grito salió desgarrando su pecho.

—¡Oh! ¡hijos míos! ¡hijos míos!

Era este el fin de la esplosion violenta, y apoyándose en la chimenea, dejó caer la cabeza entre sus manos.

Los gendarmes, carceleros y los sacerdotes lo miraban.

Ellos oían frecuentemente semejantes cosas; pero el hombre que esta vez las proferia, habia sido príncipe, y

aunque se hubiese declarado que ya no habría príncipes, su atencion protestaba contra semejante prescripcion.

En este momento se levantó uno de los dos prelados; era un sacerdote aleman, llamado Lothinger, toscó y aun grosero. Un hombre que desconocia la sublime mision de consolador, y que ejercia su estado solamente por necesidad.

Se aproximó al príncipe.

—Vamos, vamos, le dijo: es llorar demasiado, es necesario confesaros.

—¡Marchaos! dijo el duque, y dejadme en paz, ¡es inútil!

—¿Queréis, pues, morir como hasta aquí habeis vivido? insistió obstinadamente el sacerdote.

—Sí, sí, dejadme morir como he vivido, he vivido bien.

Por el contrario, el segundo sacerdote, llamado el abate Lambert, tenia toda la delicadeza de espíritu y de corazón que faltaba á su colega; avergonzado por la brutalidad de el abate Lothinger, y por la grosería de los gendarmes y carceleros, se aproximó al príncipe, y con una voz dulce y persuasiva:

—Igualdad, le dijo, vengo á ofrecerte los sacramentos, ó al menos los consuelos de un ministro del cielo; ¿quieres recibirlos de un hombre que te hace justicia y que te tiene una sincera conmiseracion?

—¿Quién eres tú? le preguntó el duque.

—Yo soy, respondió el abate Lambert, el vicario general, si no deseas mi ministerio como sacerdote, ¿puedo hacerme como hombre, algunos servicios, acerca de tu mujer y de tu familia?

—No, dijo el duque, te doy las gracias. Si mi conciencia está sombría, podrá solo mi vista penetrar en ella. Creeme, no tengo necesidad sino de mí mismo para morir como buen ciudadano.

El príncipe pidió de almorzar, comió con apetito y bebió las dos botellas de vino de Aï, que se habia reservado.

Un miembro del tribunal, vino á preguntarle si no tenia en este momento alguna revelacion que hacer que interesase á la República.

—Si hubiese sabido alguna cosa contra la seguridad de la patria, no habria aguardado á este momento para decir-la. Por lo demas, no tengo ningun resentimiento contra el tribunal, ni contra la Convencion y los patriotas; no son ellos los que quieren mi muerte, ella viene de mas alto.

A las tres se le vino á buscar para conducirlo al cadalso.

Bajó por medio de una fila de jendarmes que tenian el sable desenvainado. Beaulieu, el escritor realista, le vió pasar por la ventana de su calabozo.

“Estaba entonces encerrado en la Conserjería, dice: le ví átravesar las puertas de los calabozos y el corredor de esta prision; iba escoltado por media docena de jendarmes con sus sables desenvainados. A la verdad, que por la firmeza de sus pasos y por su aire verdaderamente noble, mas bien se le habria tomado por un general que manda á sus soldados, que por un desgraciado que camina al cadalso.”

Luego que llegó á la puerta, el príncipe se lanzó rápidamente á la carreta.

A su lado, subieron Coutand, este antiguo diputado de la sociedad lejislativa, que en la jornada del 10 de Agosto, habia salvado la vida á nueve oficiales suizos y á un pobre obrero de chaqueta, que nadie conocia.

Así, por esta verdadera igualdad delante del cadalso, estaban representadas las tres clases de la sociedad francesa: la aristocracia, el estado medio y el pueblo.

La carreta empezó á andar, marchaba lentamente á causa de la numerosa multitud, todos los ojos buscaban al príncipe, unos por venganza, otros por compasion, y muchos por simple curiosidad, de ver como moria aquel que habia vivido tan mal. Se habia vuelto altivo y atrevido al frente de la muerte, como debe serlo un verdadero Borbon. Jamas

habia llevado la cabeza tan erguida, como en este momento en que iba á caer. El abate Lothinger no habia querido abandonarlo, habia subido con él á la carreta y lo fatigaba con sus porfias. El acompañamiento se detuvo en frente del Palacio Real, entonces el duque se enderezó en la carreta, y dos ó tres veces dirigió su vista á los corredores con una cierta impaciencia. El abate Lothinger aprovechó esta detencion para hacer el último esfuerzo.

—Mira este palacio que no habitarás ya, le dijo, y arrepiéntete á la vista de estos bienes perecederos que uno ú otro día es preciso dejar.

El duque de Orleans hizo un movimiento de impaciencia.

—Lo ves, le dijo el obstinado sacerdote; el camino se acorta, examina tu conciencia y confiéstate.

El duque de Orleans dió una patada, murmuró algunas palabras que no se pudieron oír, y al cabo de diez minutos el acompañamiento continuó su marcha.

Ahora, se ha preguntado con frecuencia la causa de esta detencion, unos han respondido que por un simple estorbo de coches, y otros que por un refinamiento de crueldad.

No era, ni lo uno ni lo otro. El prefecto del Sena, Froment, se ha encargado de responder en sus Memorias.

La detencion habia sido preparada para salvar al duque de Orleans. Mas de cien personas armadas estaban en el Palacio Real, que debian dar la señal y otras dirigir el movimiento.

Por otra parte, dos tabernas que están la una cerca de la otra, á la entrada de la calle de Santo Tomás del Louvre y de la de Chartres, estaban llenas de artilleros de la seccion del Arsenal, de la Gravilliers y de la de Pescadores. Estaba comprada una parte de la gendarmería y en fin, mas de ochocientos hombres armados seguian mezclados con el pueblo. Algunos vestidos de mujer, todos armados admirablemente.

A una señal convenida, que debia hacerse en el Palacio Real, todos estos hombres, desconocidos los mas, unos para los otros, debian obrar simultáneamente y reconocerse en la maniobra. Un gran movimiento entretendria á la multitud, se dispersaria á la fuerza armada, se desarmaria á los gendarmes y soldados que hiciesen resistencia, y librando al duque de Orleans, se irian á la casa de Robespierre que estaba á cien pasos de allí, y asesinando á éste se llevaria al príncipe en triunfo á la asamblea nacional.

Este es el motivo por qué el duque de Orleans dirigia hácia su palacio miradas inquietas é impacientes: porque golpeaba con el pié cuando el sacerdote queria llamar su atencion hácia Dios; y por qué se dejó caer en el banco de la carreta, las cejas fruncidas, pero sin palidecer, cuando sintió que el acompañamiento se ponía en marcha.

Veamos ahora, por qué falló la conjuracion.

Por una casualidad que ninguno habia previsto, Robespierre no habia entrado á su casa cuando el acompañamiento dejó la Conserjería: se esperaron los diez minutos delante del Palacio Real, pero una cadena de conjurados situados de trecho en trecho, continuaba en comunicar esta ausencia. Robespierre estaba en el comité de salud pública, y no se podia ir á asesinarlo allí. Diez minutos duraron estas incursiones y dudas, durante las cuales la carreta permaneció parada al frente del Palacio Real.

Al llegar á la calle de la Escala, creyóse que habia entrado á su casa Robespierre, y para asegurarse de ello, se detuvo nuevamente el acompañamiento; pero que hubiese entrado, ó que nó, se estaba ya bastante lejos para recibir la señal, el hilo estaba roto, la carreta continuó su camino y el camino llegaba hasta el cadalso.

Esta segunda detencion habia quebrantado al duque, y durante algunos instantes dejó caer la cabeza sobre su pecho; cuando llegaron á la plaza de la Revolucion, la alzó

al ruido de los tambores, y vió entonces en ella la inmensa multitud que la cubria.

El sacerdote aprovechó este momento para instarle de nuevo.

Póstrate ante Dios y confiesa tus culpas.

—¡Oh! dijo el príncipe, ¿puedo acaso hacerlo en medio de la muchedumbre y de la algazara? Por otra parte aquí necesito mas del valor que del arrepentimiento.

—¡Pues bien! replicó el sacerdote, confiesa al menos la falta que te remuerda mas. Dios llevará en cuenta la intencion y la imposibilidad, y yo te perdono todas las demas en su nombre.

Entonces el príncipe pareció reflexionar: á algunos pasos del cadalso, se inclinó, habló algunos momentos á media voz con el sacerdote, y recibió el perdon de Dios.

Cinco minutos duraron apenas en la confesion y la absolucion. El príncipe bajó lijeramente de la carreta. Entonces pudo verse que iba vestido elegantemente, y segun su costumbre, mas bien á la inglesa que á la francesa.

Se le quiso sostener al subir los escalones un poco destruidos de la guillotina; pero con sus codos separó á los criados del ejecutor; llegado á la plataforma el verdugo trató de quitarle las botas:

—No, dijo el duque, mas cómodo será despues; despachemos, despachemos.

El ejecutor no se hizo esperar, le tendió sobre la plancha, la fatal cuchilla cayó, y la cabeza del príncipe rodó con la calma pintada en el semblante como si efectivamente no tuviese nada que reprocharse, ó que el perdon del sacerdote hubiese lavado todas las manchas de su alma.

Un solo juicio ha sido instruido contra el desgraciado duque de Orleans. ¿Y por haber sido ese juicio unánime es mas justo? No lo creemos así.

Toda época de revuelta, tiene necesidad de sacrificar á

una víctima espiatoria, á la cual se le hace cargo de los pecados de todos los demas, y se la precipita en el abismo, esperando cerrarlo de este modo.

¿El duque de Orleans era culpable de todos los manejos, de que se le acusaba? Resueltamente respondemos que nó, porque no hubiera podido ser durante seis años, la palanca de todas las conmociones, sin dejar una prueba de su participacion, ya sea en el incendio de Réveillon, ó ya en las jornadas del 5 y 6 de Octubre, lo mismo que en las del 20 de Junio y 10 de Agosto. No, el verdadero agente del progreso, era el espíritu público: el verdadero móvil de los asesinatos cometidos, fué el oro de Pitt, que ordenaba gastarlo sin que se le diese cuentas, porque su fin era deshonorar la revolucion por sus propios excesos, y hacerla odiosa aun á los mismos revolucionarios.

Ahora ¿por qué el duque de Orleans era odiado de todos? Es muy sencillo.

Era odiado del rey, porque los reyes odian á los gefes de las razas que deben suceder á la suya.

Era odiado de la reina, porque decia en alta voz en sus festines y orgías, lo que otros no decian sino en voz baja.

Era odiado de los de la montaña, porque los de la montaña habian sido ingratos con él.

Era odiado de los girondinos, porque era de la montaña.

Era odiado de la aristocracia, porque se habia hecho del pueblo.

Era odiado del pueblo, porque habia nacido príncipe.

Demasiados odios eran á nuestro parecer, para calumniar una memoria.

